

LA FERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

10 CTS.

DOMINGO 4 DE MAYO DE 1851.

N.º 144.

Moral.

De tiempos muy antiguos los moralistas se han ocupado en establecer preceptos y dar consejos á los casados, para que sean felices en su estado de matrimonio. No es fácil decidir si han adelantado mucho ó poco en su empresa, aunque si hubiéramos de creer exacto cierto cálculo hecho por un hombre de buen humor, quedaria resuelta la cuestion. El cálculo de que hablamos, y que se supone aplicable á todas las poblaciones del mundo, es el siguiente:

Mugeres que han abandonado á sus maridos 1.565: maridos que se han escapado para librarse de sus mugeres 2.561: matrimonios separados voluntariamente 4.120: matrimonios que viven en continua guerra 191.025: matrimonios que se detestan y por sus fines particulares ocultan su odio en público 162.310: matrimonios que viven en una absoluta indiferencia 510.152: matrimonios que se suponen felices y que ellos no creen serlo 1.102: matrimonios felices comparados con otros que lo son menos 155: matrimonios verdaderamente felices 9.

Como nosotros consideramos este cálculo como una exageracion vulgar, y no dudamos que las reflexiones, los avisos y los consejos no todos se pierden, y que aunque obran con lentitud no dejan de producir su efecto, insertamos la siguiente carta á un recién-casado, la cual encierra advertencias muy útiles, que si se siguiesen, muchos serian mas felices de lo que realmente son, tanto mas cuanto la infelicidad en los casados es generalmente obra de ellos mismos, grangeandola unos por malicia y otros por ignorancia; porque es muy cierto el adagio que dice,

que el hombre hace á la muger. Como esta es una materia tan dilatada, que se necesitaria un volúmen para desenvolverla, nos limitaremos á nuestra carta, en que despues de las generales de estilo sigue el que la escribe en estos términos:

«He recibido con mucho gusto la noticia de tu casamiento, y creo que la sinceridad con que deseo tu felicidad disculpará la libertad que me tomo de darte algunos consejos para asegurártela. Me parece verte reir de mi cuidado, y decir mirando á tu hermosísima esposa, que para ser feliz no necesitas de mis máximas. Sin duda lo eres ahora: pero pasado el primer año de los ciento que deseo goces de tan dichoso enlace, acaso la lectura de esta carta podrá serte útil.

Si el amor, cual se concibe y siente antes del casamiento, continuase del mismo modo entre los esposos, ya no seria un problema la felicidad conyugal, pues se veria resuelto en la union de dos fieles amantes, pero la esperiencia nos enseña que tiene dificultad. Procuremos, pues, suplir á los primeros ardores del amor con una pasion mas sosegada y de consiguiente mas duradera.

Desde luego no te deberás reconvenir por cierta especie de indiferencia que adquieras luego, ni creerte infeliz por eso, porque no habrás perdido mas que lo que no es posible conservar, y seria un delirio echar menos las flores de la primavera en medio de un delicioso verano. No debes olvidar que no hay objeto alguno, por hermoso que sea, ni sonido alguno armonioso que continúe recreándonos siempre de un mismo modo, y sobre todo cuando se disipa la ilusion de la novedad.

Con la posesion se entibia el deseo, y

para ser feliz es necesario esperar siempre alguna cosa. Ahora que posees á tu esposa, dudo mucho que cuantos elogios oigas de su hermosura, aumenten su mérito en tu opinion: así que debes cuidar de su talento, procurando perfeccionarle cuanto puedas. Seria muy conveniente que os dedicárais los dos al estudio de alguna ciencia fácil ó de recreo para gozar ambos de los mismos placeres, con lo cual podreis entreteneros á solas, sin necesidad de separaros para buscar distracciones. No hay cosa mas peligrosa para la union de dos esposos que el encontrar placeres y diversion fuera de su reciproca compañía. Tambien es preciso que fortifiques por todos los medios posibles tu intimidad con tu esposa: por manera que ella debe saber todos tus negocios, rentas, gastos, amigos y enemigos, y hasta tus mismas faltas, que has de procurar compensarlas con buenas cualidades. Nada debe ignorar tu muger, y es preciso que se penetre que tanto interés tiene ella como tú en la prosperidad de tu casa. Nunca des lugar á que tenga que averiguar lo que haces, y no pierdas de vista que desde el momento en que uno de los dos acecha al otro, ya hay disposiciones de enemistad.

No busques la felicidad en la rareza, pues el extremo de la prudencia toca en locura; y no des oídos á ciertos pedantes, que pretenden que no se deben escuchar los consejos de una muger, y creen neciamente que es mengua el seguirlos: ten presente aquel refran que dice: «que el consejo de la muger es poco, y que el que no lo sigue es loco.» No tengas por mérito las privaciones, y no te alabes de que tu muger no es literata, porque si bien es ridículo el que una muger sea bachillera y sabidilla, es vergonzoso que sea tan ignorante que solo sepa hablar de cocina ó de modas, ó murmurar, que es lo que hará cuando no tenga que hablar de modas ó de cocina.

En cuanto al gasto solo te diré una cosa, y es que debe ser arreglado á tus circunstancias, y para que tu muger se conforme con él es preciso que las conozca y que tenga en tus negocios un interés de compañera y no de esclava.

He dicho que cuantos mas años pases de casado menos mérito hallarás en la hermo-

sura de tu muger; pero ten cuidado de que ella no lo note. Nadie ignora que una muger perdona las injurias que se hacen á su talento, y aun á veces á su reputacion; pero jamás, jamás las ofensas que se hacen á su hermosura, y prefiere á la indiferencia las reprensiones y aun los malos tratamientos; y si sufre la indiferencia sin quejarse, seguramente es porque piensa resarcir el poco aprecio que hace de ella su esposo con las atenciones de algun amante. Esta es una de las razones principales por la cual un marido debe siempre tener los mayores miramientos para con su esposa, manifestándola, por lo menos, las mismas atenciones que guarda á las demas mugeres, y es muy peligroso el que una muger note que entre todos los hombres el menos atento para con ella es el que ha ofrecido amarla siempre.

No digo por eso que haya que disimularle todos los caprichos que dimanen de falta de reflexion ó de ligereza: pero cuando haya necesidad de hacerle algunas advertencias, conviene usar de dulzura, hacerlo con agrado y evitar con gran cuidado toda injuria ó insulto, que sea capaz de envilecerla, porque faltando el respeto y la estimacion, ya falta el vínculo principal que reúne los ánimos. En cuanto á las diversiones, la prudencia del marido es la que debe arreglarlas, cuidando siempre de que goce de las públicas con moderacion.

Lo que yo te encargo sobre todo es que jamás tomes el tono de superioridad, pues la autoridad siempre se mica con ceño, y nunca puede existir entre un superior y un inferior aquella intimidad y amor reciproco que debe unir dos esposos que siempre deben considerarse como verdaderos compañeros.

Tanto como en un hombre es ridicula la afectacion, otro tanto es repugnante el desaliño, y así has de cuidar de que comparándote tu muger con otros hombres de tu clase y de tu edad, no tenga que correrse encontrando una diferencia notable entre tú y ellos, tanto por el aseo como por el primor de tus vestidos y porte.

Algo me queda que decirte con respecto á celos. Yo bien sé que no es una pasion de moda, y esto consiste en la corrupcion de nuestras costumbres, porque el que ama de

veras no deja de ser coloso poco ó mucho. Por lo cual si alguna vez llegas á serlo cuida de tu esposa, pero no la mortifiques; muéstrale celos, mas no sospeches: por manera que atribuya á tu carácter y á tu amor tal vez demasiado el cuidado con que la acompañares; pero que jamás piense que tienes la mas ligera duda acerca de su virtud. Si ella fuese celosa nunca hagas misterios con ella, no la causes inquietud, ni finjas secreto ni en tus negocios, ni en tus visitas, ni en tus amistades.... Mucho mas pudiera decirte; pero con esto poco que acabo de aconsejarte tienes bastante para ser feliz con tu esposa, á cuyos pies me pondrás &c.»



Al arquitecto director de la restauracion de la veneranda Basílica de Avila.

SONETO.

Cuando de la discordia al vil encono
 Monumentos magníficos perecon,
 O del tiempo al embate se estremocen
 Entre sombras de olvido y abandono;
 Te alzas, Callejo, y ante el régio trono
 De ISABEL tus acentos encarecen
 Sacros votos, que en Avila enaltecen
 Desde el magnate al mísero colono.
 ISABEL te escuchó: su Augusta Hermana
 El rayo de piedad prende en la orilla
 Del Bétis, que hasta Gades lo difunde.
 Entretanto la Iberia mira ufana,
 Que por tí el Génio de las Artes brilla
 Y á la ignorancia y la impiedad confunde.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.



A la veneranda Basílica de San Vicente de Avila.

SONETO.

En la futura patria de Teresa
 (La que tantas moradas alzaría)
 Ya anciana la Basílica lucía,
 Y luce hasta nosotros con sorpresa.
 La gigantesca bizantina empresa
 Ufana de su clásica hidalguía,
 Zócalos y arquitraves oponía
 A los siglos, que impávida atraviesa.
 Pero ¡todo es mortal! Al estampido
 De monumentos que las Artes lloran,
 En la vejez sus muros se estremecen:
 Y la augusta ISABEL, que se ha dolido,
 Y pueblos y magnates que la adoran
 A su ejemplo munitivos se ofrecen.

JUAN MARIA CAPITAN.



Creemos que será leída con gusto por nuestros suscritores la siguiente epistola que aparece en el número 17 de *La Ilustracion*, firmada por el seudónimo de Lupian Zapata, que encubre el nombre de alguna persona muy erudita, y que tiene ganas de habérselas con don Bartolomé José Gallardo, que ha onvestido de palabra y por medio de cartas á multitud de distinguidos literatos, sin atreverse á hacerlo de frente y por la prensa, para no esponerse á sufrir alguna derrota literaria, como la que le prepara, por lo visto, el articulista de *La Ilustracion*. Dice así:

Epistolas del otro mundo.

«Marramaquiz en tanto
 desesperado por las selvas iba
 para buscar al sábio Garfiñanto.

.....

Este gatazo y sabio *Garfñanto*
Cano de barba y de mostachos yerto.
BURGUILLOS.—*La Gatomiquia.*

I.

*De Lupian Zapata (difunto para servir á us-
tedes) al docto filólogo don Bartolomé José
Gallardo (viviente.)*

Amigo y dueño:

Trites nuevas he de dar hoy á vuesa merced, á quien aprecio sobremanera, como vuesa merced merece. Sepa vuesa merced que ayer, andando yo por las márgenes de la laguna Estigia, como suelo, en demanda de algún viagero español que quiera pagarme el pasaje de la barca de Aqueronte, tropecé con un eclesiástico del siglo XVII (es decir, de mis tiempos.) Este tal fué y aun es hombre de gracioso humor, de agudos dichos, y de condición alborotada. Le saludé cortesmente, cual cumple á un caballero cristiano; y él respondió haciéndome una gentil reverencia; pero sin detenerse á hablar conmigo, ni á preguntarme por el estado de mi salud (que á Dios gracia, es buena.)

Observé que el eclesiástico miraba á una parte y á otra como hombre que espera, y luego hacia gestos de impaciencia como hombre que desespera. Acerquéme á él, en son de amigo cuidadoso, y en realidad acongojado del deseo de averiguar á quién aguardaba por estas tierras.

—Ola, señor licenciado Polo (le dije) ¿podré saber qué busca vuesa merced entre las gentes que van llegando del mundo?

—Aguardo (me respondió) á un diablo de hombre, há mas de cuarenta años; y según las trazas, aun no se ha puesto ni piensa ponerse en camino.

—¿Es algún deudo de vuesa merced? (añadi.)

—Deudo no es, (replicó) sino deudor. Y porque vea vuesa merced si tengo ó no tengo justa y honrada causa para esperarlo con ahinco, présteme atento oído. Allá por los años de 1811 se publicó en la muy noble y muy leal y luego muy heroica ciudad de Cádiz, un papelote con el título de *Diccionario crítico-burlesco*, obra de un filólogo iracundo que ha por nombre don Bar-

tolomé José Gallardo. Pues señor Lupian Zapata, y vá de cuento, este caballero (según dicen, porque él lo dice) en cosas de erudición española, pica muy alto, y tan alto, que él mismo se pone sobre las estrellas y sobre los mismos cuernos de la luna, aun cuando sea tiempo de que la luna ande sin cuernos. Para esto de saber vidas y milagros de los antiguos poetas españoles (según la fama que él suele darse por plazas, calles y callejuelas) es un Sacre:

(Gentil ave de rapiña
que en donde vuela, garfiña).

¡Ay! ¡señor Zapata de mi alma! Esto Gallardo de mis pecados en su *Diccionario crítico-burlesco* me ha puesto de solemnísimo embustero, sin Dios y sin ley. Ha dicho en la página cuarta, y en una nota de su libejo que el famoso epigrama que empieza así

 Cavando un sepulcro un hombre
 sacó largo, corvo y grueso
 entre otros muchos un hueso,
 que cuerno tiene por nombre.

Es obra del ingenioso médico y poeta *Cordobes Polo de Medina.*

Vuesa merced que me conoce y que sabe muy bien que yo Salvador Jacinto Polo de Medina, nací en la ciudad de Murcia, según se cuenta en algunos de mis versos, y según cuenta Nicolás Antonio, y todos los que han tocado en mi vida, en mis escritos, y en mis costumbres; vuesa merced, repito, que sabe que jamás fui médico, sino que desde los primeros años de mi florida y lozana juventud me dediqué al estado eclesiástico, llegando á ser por mis méritos y servicios, secretario del ilustrísimo señor obispo de Lugo (como puede verse en las *Lágrimas panegíricas*, dedicadas á honrar la memoria del buen doctor Juan Pérez de Montalban) vuesa merced tornó á repetir, ¿no encuentra suficiente motivo para enojo el hecho de que un filólogo me dé otra patria y otro ejercicio, y que de murciano me convierta en cordobés, y de clérigo de misa en médico?

Venga por estos barrios don Bartolomé José Gallardo con sus libros y sus chirimbolos, que ya lo tengo preparada una vuelta de torniscones, coces y manotadas, en justa venganza de las bellaquerías que ha dicho de mi persona; pues bellaquería y grande es

quitarme la patria y el orden sacerdotal para trocarme en Galeno.

Yo entonces como amigo que soy de vuesa merced traté de amansar la cólera de Jacinto Polo, diciéndole: Sosiéguese vuesa merced: don Bartolomé José Gallardo dice que es hombre que hace todas las obras bibliográficas con maduro y ejemplar exámen. Pues él llamó á vuesa merced, médido y Cordobés, sin duda vuesa merced sería ambas cosas. Tal se debe creer de la exactitud erudita del impecable filólogo Gallardo. A mas de ser verdad lo que vuesa merced dice quizá haya dado sobradas y esquisitas pruebas en su *historia crítica del ingenio español*.

¿Y dónde se ha impreso la tal obra? me preguntó Jacinto Polo.

—No se ha impreso (respondí) porque tiene Gallardo la desdicha de que escribe libros á montones; pero ninguno vé la luz pública; pues ciertos malignos encantadores han dado en la flor de hacer perdidizos sus escritos, ó de robarlos, de forma que Gallardo trabaja que trabaja, y los encantadores á talarle la mies y á echarle por ahí la sementera.

—Yo nada tengo que ver con sus pérdidas, y sus libros robados (dijo entonces colérico Salvador Jacinto Polo de Medina). Aquí lo he de esperar aunque tarde hasta el día del juicio, para hacerle el saludo y darle la bien venida con estas dos peladillas de arroyo por lo pronto.

Y sacando de debajo de la sotana dos piedras descomunales, se rió y diciéndome *beso las manos de vuesa merced*, se apartó de mí con buen paso.

Ahora bien: amigo don Bartolomé; pues ya vuesa merced sabe el mal ánimo de este hombre, tarde en venir á estas tierras lo mas posible, sin embargo de lo mucho que deseo verlo en ellas. Y cuando tome la posta para visitarlas, traiga un tabuco naranjero ó una pluma de Albacete para enfrenar con estos instrumentos la cólera del licenciado Polo de Medina. O á lo menos venga con pasaporte falso, y entre aquí de incógnito para burlar la vijilancia de aquel eclesiástico. Donoso lance sería que él estuviere espera que te espera, y que cuando creyese tener á vuesa merced cojido entre dos puertas, se topase con que el golondrino había volado.

No olvide vuesa merced á su constante amigo, que bien lo quiere. De la laguna Estigia el día octavo de los idus de abril del año de nuestra redención 1851.

LUPIAN ZAPATA.

Al periódico la Linterna médica.

Oh! malhadada Linterna,
Ya tu lectura me empacha,
Porque nunca me han gustado
Insultos y poca gracia.
Cuando tu anuncio leí
Contra la turba homeópata,
Creyendo que buena guerra
A tu luz se presentara,
Suscribíme luego al punto,
Por que mucho me gustara
Que con decoro y con ciencia,
La tal guerra se empleara,
Y hasta el chiste ó la ironía
Con la crítica mezclada,
Con gusto hubiéramos visto
Los juiciosos alopatas;
Pero ya cansa y aburre
El verte solo ocupada
En insultos y fruslerías,
En burlas y en algazara,
Que con dicterios y motes
Y con chacota y jarana,
No se combaten principios
Ni se defiende una causa.

Un enemigo de personalidades.

Policía de las asambleas nacionales entre los Galos.

El pueblo de la antigua ciudad de Galia escuchaba los discursos de sus oradores con religioso silencio, y cuando los terminaba lanzaba sus estrepitosos testimonios de aprobacion ó de censura: el ejército espresaba su asentimiento golpeando con sus espadas en los escudos; pero interrumpir una arenga y turbar la atencion pública era considerado

como un insulto digno de castigo.—«En las asambleas políticas, dice un antiguo escritor, cuando alguno de los individuos que la componían hacia ruido ó interrumpía al orador, se dirigía á él un ugiar con la espada desnuda, que imponía silencio con amenazas; renovaba sus reconvencciones si el interruptor insistía, y si apesar de todo no se corregía, le cortaba un trozo de sayo bastante considerable para inutilizarlo.»—A nosotros se nos ocurre ahora que si se restableciese este uso en nuestros días, cuántos venerables miembros de nuestras Cortes, que no despliegan sus labios mas que para interrumpir á los oradores, saldrian del salon con sus fracs mutilados?

Vida campestre en Inglaterra.

El gusto de los ingleses en el cultivo de la tierra, y lo que llamamos vistas de jardines, es sin igual. Nada hay que imponga mas que el golpe de vista de los parques. Pero lo que mas deleita es la invencion con que adornan los ingleses las residencias sencillas de las clases medias. La habitacion mas rústica, la porcion mas pequeña y árida de tierra, en manos de un inglés que tenga gusto, se convierte en un paraíso. La residencia de la gente fina y rica en el campo, ha esparcido cierto grado de elegancia y gusto en economía rural, aun en las clases mas bajas. Hasta el labrador en su choza de paja y su pequeño pedazo de tierra, cuida de su adorno. La igualdad de la cerca, el parque de verdura en frente de la puerta, el banco de flores encajonado, la madre-selva recostada sobre la pared y las flores colgando sobre las celosías, la maceta de flores á la ventana, las siempre-vivas plantadas con la mira de destruir lo lúgubre del invierno, y dar el resplandor de verano que alegra la chimenea; todo esto prueba la influencia del gusto, que se esparce desde su elevado origen, y comprende los niveles mas bajos del gusto general.

Si como dicen los poetas, los amantes se deleitan al entrar en una choza, debe ser en la del labrador inglés. La inclinacion á la vida rural en la clase elevada, ha

tenido buen efecto en el carácter nacional. Puede que no haya mejor raza de hombres que los ingleses. En lugar de la afeminacion y delicadeza de los hombres de cierta categoria en otros países, reúnen la fuerza á la elegancia, y una robustez de configuracion y colores, que debe atribuirse á estar espuestos á la intemperie y al extremo con que se entregan á la vida campestre. El resultado de esta parcialidad de los hombres de gusto á las diversiones rurales, ha tenido tambien un efecto extraordinario con respecto á la vida del campo. La mayor parte de la isla es llana, y seria monótona á no ser por lo agradable del cultivo. Pero está adornada y cubierta de palacios y castillos, y esmaltada de parques y jardines. No abunda en perspectivas grandes y sublimes, sino mas bien en escena de tranquilidad doméstica, y sosegada quietud. Cada cortijo antiguo y choza cubierta de musgo, son objetos dignos del pincel: y como el camino da vuelta continuamente, y está interrumpida la vista por arboledas y cercas, se recrean los ojos con la variedad de las perspectivas de un modo deleitoso. El verdadero encanto, no obstante, está en los sentimientos de moralidad que parece regir á tanta hermosura. Se asocia á la imaginacion con ideas de orden y tranquilidad, de principios establecidos, de costumbres antiguas y reverenciadas.

Es muy agradable los domingos, cuando las campanas transmiten sus llamadas al través de los campos sosegados, ver á los campesinos con sus mejores vestidos, aspectos saludables, y modesto regocijo, ocupar alogromente el camino de la iglesia: y no es menos grato por la tarde verlos juntarse á la puerta de sus cabañas, gloriándose aparentemente de las humildes comodidades y bellezas que se han proporcionado con su propio trabajo. Estos sentimientos de patriotismo, esta satisfaccion de amor y cariño son las escenas domésticas, que sobre todo deben considerarse como el origen de las virtudes mas arraigadas, y de los gozos mas puros.

El arte de agradar.

Cierto vizconde, que no nombran los periódicos franceses de donde tomamos esta noticia, pero que á su cualidad de escritor reune el mérito de tener 30,000 francos de renta, ha sido héroe de una curiosa aventura.

Amante del teatro, como buen literato, y aficionado á las actrices, á fuer de vizconde opulento, habia empezado á visitar en lo que va de mes, á cierta dama jóven del *Vaudeville*, cuyo nombre calla tambien la crónica parisiense. Una de las últimas noches entró en su cuarto.

—Venga usted acá, le dijo ella. Conque está usted escribiendo una novela y dá lugar á que sea un periódico el que me lo diga? Nunca lo hubiera esperado. ¿Y se titula *El arte de agradar*?

—Señora, como usted lo tiene ya tan sabido...

—Vamos; por esas palabras perdono el olvido. Pero si está impresa la obra, envíemela usted mañana.

—Lo haré así, respondió el vizconde, aunque el libro no tiene nada de particular. Lo que le recomiendo á usted son las estampas; las ha hecho Tony Dohannot, son de lo mejor en su género....

—Modestia de usted.

—Juro que no.

Al día siguiente recibió la actriz con efecto un elegante volumen y se puso á examinar las laminas. ¡Oh sorpresa! en cada una de ellas encontraba un billete de banco de 4.000 francos!

Excusamos decir si la gustó el *arte de agradar*. Por la noche volvió á ver al vizconde en el teatro.

—¿Ha leído usted mi novela?

—Es lindísima. Ningun libro me ha interesado tanto. Me ha parecido encantador, adorable!

—Celebro que mi *arte de agradar* le haya agradado á usted.

—¿Si usted supiera, le interrumpió ella, qué deseos tengo de leer el resto!

Sonrioso el vizconde, y la actriz tambien. Cuenta la historia que estaba verdaderamente bonita en aquel momento.

Pocas horas despues la enviaba el vizconde otro volumen con igual número de estampas y billetes de banco; pero al pié de la portada se leian manuscritas estas palabras: *Tomo segundo y último*.

La primera vez que se hablaron despues de esta galantería, le dijo la actriz:

—Vizconde, siempre le he tenido á usted por el hombre mas amable del mundo; pero ahora debo añadir que es tambien el de mas talento.

—Favor que usted me hace...

—No lo digo por eso: lo digo porque un jóven de tanto talento y tanto porvenir, no puede haber cerrado todavia la série de sus *obras completas*.

Academia de música vocal é instrumental.

Esta academia dará principio á sus trabajos el día 1.^o de junio del presente año, bajo la direccion de don C. Ll. y en la forma que marcan los siguientes:

ESTATUTOS.

Artículo 1.^o Será gratuita la enseñanza de los socios ó alumnos que en ella se inscriban.

Artículo 2.^o Los que aspiren á entrar en el número de tales, anunciarán su deseo con 15 días de anticipacion, designando el instrumento que hayan de tocar, y depositando su importe, así como el del papel correspondiente, en poder del director, que cuidará de su compra y de que su clase y afinamiento sean los mejores.

Artículo 3.^o Las piezas de música que se toquen en reunion se elegirán por los alumnos, bien de las óperas ó tocatas conocidas, bien de las compuestas al intento, y su costo, así como los demas que la academia ocasione, será prorrateado entre ellos.

Artículo 4.^o Si alguno de los socios quisiera hacerse en su particular de una pieza de música distinta de las que hayan de tocarse en orquesta, abonará su importe por separado, siendo muy módico el precio que se lleve por arreglarlas á flauta, guitarra,

piano, cornetin, clarinete ó cualquier otro instrumento.

Artículo 5.º En el caso de que un alumno quisiese aprender mas de un instrumento, satisfará 50 reales mensuales por cada uno de los que aumente.

Artículo 6.º Desde el momento de su inscripcion quedan los socios obligados á asistir con puntualidad los dias de academia, que serán todos á escepcion de los domingos, lunes y dias festivos, á las horas que marque el director, que por ahora serán las seis en punto de la tarde.

Artículo 7.º Al cumplimiento de las obligaciones de los socios, quedan ligados desde su inscripcion sus padres, tutores ó encargados.

Artículo 8.º El director, por su parte, se obliga tambien al cumplimiento de las que le son respectivas, pudiendo ser compellido por los articulos de este estatuto, que firma para seguridad de los interesados en Cádiz á &c.

Miscelánea.

PALABRA DE UN COMICO.—Un pobre cómico que habia prestado doscientos reales á un compañero, le cojió un dia entre bastidores y le dijo: por Dios te pido que me vuelvas los doscientos reales, pues ya sabes la situacion en que me encuentro.—Basta, compañero, le responde: dentro de seis dias serás pagado de una manera ó de otra.—Si, pero procura sea de una manera que se parezca á mis doscientos reales.

LA MEDICINA.—Un boticario se encargó de la curacion de una enferma que estaba ya en el artículo de la muerte, y le envió una redomita de medicina rotulada con estas palabras: *Sacudirla bien antes de tomarla.* A la mañana siguiente fué á ver el efecto que habia producido, y al entrar preguntó á un criado cómo se hallaba su ama, á lo que solo respondió llorando.—¿Cómo! ¿está peor? dice el boticario, ¿ha tomado la medicina?—Si,

señor; pero como deciais que se la sacudiese antes de tomarla, hemos cumplido vuestras órdenes, y ha espirado en nuestros brazos.

Un caballero leyó á su muger un pasaje de la biblia, donde se dice que Salomon tenia trescientas mugeres y setecientas concubinas, á lo que llena de admiracion dijo: hombre, mira no te hayas equivocado, pues me parece que eso no puede ser.—Toma, léelo tú misma; replicó el marido.—En verdad que tienes razon, repuso la muger (pasándole la mano por la barba) pero ¡ay querido esposo mio! ¡qué pobre Salomon hubieras tú hecho!

María de Médicis, muger de Enrique IV, iba frecuentemente á divertirse á la quinta de San Jernan en Laya. Un dia que hablaba con el mariscal Bassompierre, espresándole la satisfaccion que esta morada le proporcionaba, le dijo: *cuando estoy en ella, tengo un pié en San Jernan y otro en Paris.* El galante Bassompierre, acordándose que el pueblo de Nanterre estaba situado en medio de la distancia de estas dos ciudades, la respondió: en este caso, señora, quisiera yo estar en Nanterre.

Humilde y cabizbajo presentaba un ingenio novel á un gran poeta, pero gran desvergonzado aunque poeta, un manuscrito suyo, y pediale su parecer. Llegó el maestro á un trozo mas oscuro que otros: *¿Qué ha querido usted decir aqui?* le preguntó con sorna de hombre satisfecho de sí mismo.—Señor, respondió el novel: *ahí quise decir tal cosa:* á lo cual repuso el desvergonzado: *pues si tal cosa quiso usted decir ¿por qué no la dijo usted?*

CADIZ: 1851.

IMPRENTA DE D. FRANCISCO PANTOJA,
calle del Laurel, n.º 129.